

Violencia y esperanza cristiana

José María Tojeira, S.J.

1.- La realidad de la violencia en Centroamérica

Los promedios latinoamericanos de violencia, medidos en número de homicidios por 100.000 habitantes al año, son los más altos del mundo si los comparamos con los de otros continentes. Coincide este dato con la desigualdad en el ingreso, en la que tenemos también los índices más elevados. La relación entre ambos factores es innegable y cada vez la resaltan más los estudios e informes internacionales. Violencia estructural y violencia directa e individualizada son dos factores que van de la mano en nuestras tierras. Y al hacer el análisis de la violencia, especialmente desde el punto de vista cristiano, no se puede nunca perder esta relación. Aunque daremos datos referidos a la violencia individualizada, centrándonos en los homicidios como el hecho más grave de violencia, el factor desigualdad reaparecerá con frecuencia.

Aunque no se necesita demostrar la fuerte presencia de la violencia en Centroamérica (CA), considero importante hacer un pequeño recuento de la misma antes de entrar a analizar sus causas y las posibilidades de acción de las Iglesias desde la fe cristiana. En un informe del Banco Mundial, 2011, se comparaba el promedio de homicidios entre España y CA, dos zonas con una cantidad de población cercana en número: "En 2006, España registró 336 asesinatos (es decir menos de uno por día) y Centroamérica registró 14.257 asesinatos (es decir casi 40 por día)"¹. Considerando que la Organización Mundial de la salud considera epidemia todo aquello que produce más de diez muertes por año, podemos decir que CA vive una auténtica epidemia de violencia. Honduras y El Salvador mantienen las cifras más altas de homicidios, supe-

¹ Banco Mundial

rios incluso a la de países como Colombia y México, que tienen cruentas guerras internas debido al narcotráfico y a movimientos armados. Pero todos los países centroamericanos, incluyendo Panamá y Belice superan los niveles de epidemia. Incluso Nicaragua y Costa Rica, que en el año 2000 estaban por debajo de dicho nivel, han pasado, junto con Panamá (10.1 homicidios por 100.000 habitantes el año 2000, hoy casi 30/100.000), a esa terrible tragedia que es tener una epidemia de homicidios.

A pesar de la diferencia entre los países que solemos denominar como del triángulo norte y los tres países más sureños, incluido Panamá, lo cierto es que si no se hace un trabajo de conjunto, a nivel Centroamericano, es muy difícil que se pueda revertir la tendencia de la violencia a estabilizarse en cifras terriblemente duras tanto para las familias y su estabilidad emocional, como para el desarrollo (en El Salvador ocasiona gastos del 11% del PIB). Este tipo de violencia en la que se mezcla el sufrimiento individual y familiar con la dureza de estructuras injustas y el mal funcionamiento de las instituciones y la impunidad, desbarata la confianza ciudadana en la institucionalidad e impide la cohesión social. La propia vivencia de la fe cristiana acaba siendo afectada por una situación social en la que el debilitamiento del tejido social impide con frecuencia la adecuada solidaridad para trabajos y proyectos comunes. El filósofo italiano G. Vattimo decía que "La única definición filosófica posible de la violencia es que ésta acalla toda nueva pregunta"². Si el cristianismo es fundamentalmente pregunta por Dios y por el prójimo, que cuestiona permanentemente actitudes, instituciones, estructuras y actividades humanas para poder ser verdaderos constructores de paz, la violencia tratará en algún momento de silenciarlo. Por eso los cristianos debemos enfrentar la violencia preguntándonos primero por sus causas.

a. Causas Históricas

De cara a establecer una reflexión cristiana sobre la violencia conviene analizar las causas de la misma. Como fenómeno complejo y de larga data, conviene brevemente remontarse a la Colonia. La debilidad de las instituciones coloniales facilitaba la corrupción y el tomarse la justicia por la propia mano³. En México

² G. Vattimo, Creer que se cree,

³ Guillermo Céspedes del Castillo, América hispánica, pgs 233 y ss

las hermandades de ganaderos tenían sus propias cárceles y sistemas de castigos contra ladrones, vagos, etc., dado lo engorroso y lento de la justicia colonial. Esta debilidad se prolonga en CA hasta nuestros días con los altos índices de impunidad. Al mismo tiempo la tradición de tomarse la justicia por la propia mano ha sido frecuente y puede comprobarse a partir de los datos históricos que hablaban de reyertas donde el machete salía fácilmente a relucir, donde el alcoholismo abundaba y donde la dificultad de las comunicaciones impedía con frecuencia la persecución del delito.

Los nuevos estados independientes heredaron las contradicciones y debilidades institucionales. Uno de las situaciones más curiosas del s. XIX se daba en el hecho de que el Estado tenía el monopolio de la producción de las bebidas alcohólicas y era al mismo tiempo el encargado de reprimir el alcoholismo. Las fases altisonantes de los funcionarios denostando el alcohol y los problemas familiares y comunales que creaba contrastaban directamente con el esfuerzo de mantener el monopolio y perseguir la producción ilegal. Todavía hoy, ya privatizada la producción y distribución del alcohol, éste sigue siendo un factor que acompaña frecuentemente diversos actos de violencia. Sin embargo la regulación estatal al respecto de su venta, horarios de los lugares donde se vende, etc., no está pensada para evitar la violencia.

El s. XIX además está lleno golpes de estado, guerras civiles, "revoluciones", y una especial presencia de intereses foráneos con frecuencia también violentos. Las cañoneras inglesas se hacían presentes en las costas para cobrar deudas, apoyar amigos e intereses. El ejército norteamericano se hizo presente ya en el s. XX en diversos países de CA. La empresa bananera United Fruit Company mantenía su propio ejército privado con altas dosis de impunidad al tiempo que mantenía un enorme peso en las decisiones políticas de algunos de nuestros países. Las guerras civiles más recientes, ya en la segunda mitad del s. XX fortalecieron la cultura de la impunidad. La misma apreciación de los países amigos a nivel internacional, que tendían a decir tras bambalina que "la impunidad militar es el costo del paso a la democracia", terminó sancionando como justo lo que a todas luces era olvido de los Derechos Humanos. El grito de Antonio Machado, cuando decía que "la guerra, odiada por las madres, las almas entigrece"⁴, se

⁴ Antonio Machado, España en paz

convertía en una realidad sangrante en nuestra América Central, agobiada por una cultura de la violencia afincada incluso en el estilo de vida de muchos.

Las guerras así mismo permitieron que demasiadas armas de fuego quedaran en manos de civiles. Pero además de eso, la presencia de armas llamó a acrecentar la tenencia y afición de las mismas. En un informe reciente del Banco Mundial se dice lo siguiente: "Es evidente que el conflicto armado no es el origen de todas las armas de fuego en circulación. Entre 2000 y 2006, muchos años después de la conclusión de las últimas guerras civiles centroamericanas, las importaciones de armas aumentaron en los seis países centroamericanos. Por ejemplo, en Guatemala, el valor de las armas de fuego importadas durante este periodo casi se triplicó, de cerca de \$3 millones de dólares a \$8 millones de dólares. Los costarricenses experimentaron un aumento de menos de \$1 millón de dólares a más de \$3 millones de dólares en armas de fuego importadas, incluyendo revólveres, pistolas, rifles de caza, escopetas, rifles de asalto AK-47, M-16, lanzacohetes, granadas de mano y rifles semiautomáticos, de acuerdo a datos oficiales de la aduana. Se cree que el próspero comercio ilegal de armas de fuego relacionado al comercio de drogas estimuló al menos una parte de ese incremento. Mientras que las drogas viajan hacia el norte, a México y los Estados Unidos, las armas viajan hacia el sur"⁵.

Esta historia en tantos aspectos violenta ha generado una cultura violenta. El machismo y el racismo, fenómenos especialmente arraigados en nuestra historia tienden a provocar más violencia cuanto más se prolongan en el tiempo y fuera de los momentos históricos en que se veían como naturales. El machismo especialmente continúa muy presente en nuestras sociedades. Más allá del mal trato a la mujer en el hogar, todavía presente en nuestras sociedades, es interesante aportar también algún ejemplo de tipo estructural: El valor del trabajo doméstico, realizado mayoritariamente por mujeres, si se calculara adecuadamente, aportaría al PIB de algunos de nuestros países centroamericanos más que cualquier otro sector de la economía. Sin embargo no da acceso en la mayoría de nuestros países a la seguridad social ni a pensión de ningún tipo.

⁵ Banco Mundial 2011.

b. Causas Políticas

El conjunto de pobreza, bajos niveles educativos, economía desregulada y puesta al servicio de grupos oligárquicos ha dado como resultado un tipo de Estado incapaz de proteger a los ciudadanos de la violencia. Los Gobiernos, aun los democráticos, conviven y administran dosis altas de violencia estructural. Reprimen la protesta, legislan con distintos baremos frente a la violencia y refuerzan la cultura de la violencia legislando penas de “mano dura”, insistiendo en el factor venganza más que en la rehabilitación. Y al fracasar, dejan la convicción de que sólo con más violencia (la particular) se puede solucionar cualquier tipo de conflicto. Los Estados Centroamericanos son además indiferentes ante los derechos de la solidaridad. Esa debilidad en el terreno solidario debilita enormemente la democracia y la vuelve incapaz de enfrentar la tendencia al sálvese quien pueda individual característico de los estados fallidos.

A esta debilidad institucional se suma una estructuración del poder con demasiados rasgos de compadrazgo. Y los compadrazgos hoy no crean solidaridad, al contrario, llevan a quienes los disfrutan a olvidar, incluso intencionalmente, las raíces sociales de la violencia. Los técnicos suelen decir que “la práctica de un crimen no depende tanto del individuo, sino de las diversas formas de cohesión y de solidaridad social”⁶. Cuando las estructuras sociales y los políticos que las administran consagran la desigualdad, la cohesión social tiende a desaparecer.

El poder además se convierte en una maquinaria decidida a defender no sólo el uso de la fuerza bruta, sino a quienes abusan de la misma. Una muestra de ello es la consagración de la impunidad y las leyes o tendencias al “perdón y olvido” tras las guerras civiles que han padecido nuestros países. La tendencia ha sido no solamente a eliminar la posibilidad de juicios, sino incluso a impedir la reparación que las víctimas se merecen. Se le teme a todo lo que sea memoria, salvo si ésta carece ya de sentido o puede ser utilizada por las conveniencias del poder. Nuestros políticos actúan con tanta irresponsabilidad que se repite lo que ya mencionaban los defensores del derecho de gentes en los tiempos de la conquista de América: “Y es una gran iniquidad que, como dice el

⁶ Waiselfisz

poeta, paguen los aqueos los delirios de sus reyes”⁷. Los delirios de grandeza y la ambición de nuestros políticos, hoy injustificables y tan unidos a diferentes modos de corrupción, son una de las causas más evidentes de la violencia y los desajustes sociales de la actualidad.

c. Causas Económicas

La pobreza no engendra violencia por sí misma. Pero cuando la pobreza adquiere rangos de injusticia estructural, se convierte en una bofetada en el rostro de quien la sufre. En ese sentido puede decirse que es la explotación y la riqueza inmoderada proveniente de ella la que engendra violencia, más allá de la legalidad o no legalidad de la adquisición de bienes que provienen de diversos modos de explotación. El problema de nuestros países no son los pobres sino los ricos. Quienes acumulan riqueza y poder en contextos donde una alta proporción de personas pasa verdaderos apuros con su economía, pierden totalmente la capacidad de liderazgo. El coro de prostitutas de la “Ópera de dos centavos” no duda en gritarles a los ricos “comer primero, luego la moral”⁸.

Aunque los cálculos de pobreza establecidos desde el costo de la canasta básica⁹ han mostrado una tendencia clara a la baja en las proporciones de pobres en nuestros países, la realidad no es tan evidente. Un estudio del PNUD en El Salvador establecía que el ingreso decente para una familia de 4 miembros debía ser de 540\$ y tener al mismo tiempo redes de protección en salud, pensiones y educación. Sólo el 20% de la población gozaba en esa fecha de ese conjunto de factores¹⁰. Entre los jóvenes además la situación se agrava. Tienen más dificultad en encontrar un salario digno a pesar de estar mejor preparados que sus padres. Es más, comienzan su vida laboral con un salario con menor capacidad de compra que el que tenía el de sus padres cuando ellos eran pequeños. El mismo estudio del PNUD que citamos informaba que los ladrones comunes, no organizados, tenían un ingreso

⁷ Francisco de Vitoria, Relecciones sobre el derecho de guerra

⁸ Ópera de dos centavos, Bertolt Brecht

⁹ Método habitual en Centroamérica que ha sido cambiado en otros países, como Colombia o México, que han optado por una medición multidimensional de la pobreza en base a indicadores que permitan elaborar políticas públicas

¹⁰ PNUD Informe de Desarrollo Humano de el Salvador, 2007-2008

mensual superior en 50 dólares al salario promedio nacional. El factor pobreza causada por la explotación genera situaciones más amplias de desigualdad. Y ésta provoca siempre resistencia, especialmente cuando es demasiado visible, desproporcionada, arbitraria, e injusta. La economía de nuestros países, pensada en beneficio de los más fuertes y dominada por ellos, con un mercado desregulado, baja fiscalidad y alta corrupción, refuerza además la sensación de injusticia. El mercado, a su vez, con su propaganda consumista en medio de una situación económica con márgenes amplios de pobreza, aumenta la percepción de la desigualdad. No sólo confunde el ser con el tener. Sino que al impulsar a través de una propaganda excesivamente repetitiva y tentadora la satisfacción individual inmediata de necesidades, crea una grave contradicción en las poblaciones sin poder adquisitivo. Al incitar el tener como camino exclusivo del ser, provoca sistemáticamente al que no tiene y lo fuerza generalmente a una triple opción: Aguantar y buscar manera de superarse en los propios hijos, emigrar (internamente a la ciudad o hacia los países desarrollados), o buscar formas no legales de enriquecimiento.

A todo esto se añade la privatización de la seguridad, que en muchos aspectos y lugares ha dejado realmente de ser pública. En El Salvador hay un crecimiento exponencial de los cuerpos de seguridad privada, llegando a 32.000 miembros, frente a 18.000 agentes de la PNC. Las colonias se construyen como ciudadelas amuralladas, las calles se cierran con portones y se impide el paso con seguridad privada. Se multiplican los muros, se electrifican las alambradas y la venta del alambre "razor" se convierte en un excelente negocio. Los antiguos lugares públicos de esparcimiento desaparecen y son sustituidos por los Centros Comerciales de lujo, destinados a ese 20% de la población que puede vivir con estándares de calidad. La presencia de los centros comerciales al lado de zonas marginales no es una excepción para mayor insulto a los excluidos.

d. Causas Sociales

Cuando la sociedad se organiza de un modo estructural y sistemáticamente desigual, beneficiando exclusiva o prioritariamente a un grupo minoritario de la población, la institucionalidad del Estado deja de ser democrática y se vuelve autoritaria cuando no violenta. La desigualdad que generan las estructuras sociales

estatales suelen conllevar exclusión; y ésta engendra siempre formas individualistas de supervivencia que con frecuencia derivan en nuevas formas de violencia. Los sistemas nacionales de salud pueden ser la prueba más evidente de lo que es una estructura social organizada en base a la desigualdad y la exclusión de mayorías. Frente a lo que es un derecho universal de toda persona humana, las diferencias abismales se reflejan en los números. Exceptuando Costa Rica y Panamá, los demás países centroamericanos suelen funcionar según el modelo que ejemplificamos con el caso salvadoreño. En este país sólo el 1% de la población cubre todas sus necesidades médicas en la medicina privada. Pero la misma recibe y se beneficia del 50% de los gastos nacionales en salud. El 20% de los salvadoreños es atendido en el Seguro Social (público), que a su vez consume el 25% del gasto nacional en salud. Y finalmente el 79% reciben atención en la red de hospitales y centros del Ministerio de Salud, al que se aplica el último 25% del gasto.

Los sistemas educativos no son menos escandalosos en su dinámica excluyente. En Honduras, Guatemala y Nicaragua no alcanzan el nivel de bachillerato el 30% de los jóvenes en la edad de poder cursarlo. En El Salvador lo terminan el 33%. Los expertos en desarrollo insisten en que en la actualidad, si se quiere vencer la pobreza, se considera que el 70% debe tener el nivel de bachillerato. Viendo los datos podemos preguntarnos dónde estarán esos jóvenes en 15 y 18 años, excluidos del estudio. Sin trabajo y en una edad en la que es imposible tenerlos encerrados en la casa, la calle se convierte, con todos sus peligros, en el lugar de pasar el tiempo. Quejarse de las maras cuando nuestros Estados no ofrecen salida educacional para los jóvenes no es más que una muestra de aquella hipocresía que Jesús censuraba cuando le decía a los letrados de su tiempo que "las prostitutas les precederán en el Reino de Dios (Mt 21, 31).

El crédito, el sistema de pensiones, la vivienda, la calidad, los espacios de diversión, multitud de facetas de la vida cotidiana están marcadas por el dinamismo de la exclusión. El sistema de castas impuesto en la colonia española se reproduce ahora con otros mecanismos que mantienen un cuerpo social enormemente dividido y con una gran proporción del mismo a la que se le niegan oportunidades básicas. Lo que en su tiempo decía Bolívar de Colombia se puede seguir diciendo, con matices, en muchas par-

tes de nuestra América Central: "En Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza equivalente, por su influjo, pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de los títulos y de nacimiento, aun la más despótica de Europa; que en esa aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos, pues aunque hablan de libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo, que, según ellos, debe continuar bajo su opresión"¹¹.

Este modo de ser estructuralmente excluyente de nuestras sociedades se convierte fácilmente en cultura. Tiende a hacer decrecer la conciencia de la igual dignidad de las personas y aumenta la connivencia con la desigualdad. En las medidas de rechazo y aversión a la desigualdad, realizadas a nivel latinoamericano en la opinión pública, los cuatro países centroamericanos en mayor pobreza tienen los índices más bajos. Siendo la cifra de aversión total el número 1, superan el 0.8 Argentina, Uruguay y Costa Rica. Les siguen superando el 0.7 cinco países, entre los que se encuentra Panamá. Otros cinco países superan el 0.6, incluyendo a la República Dominicana. Superando el 0.5 se encuentran El Salvador, Guatemala y Honduras. Y a la zaga Nicaragua, por encima del 0.4. Curiosamente, los países que tuvieron luchas armadas en su esfuerzo por superar la pobreza y la injusticia, y que permanecen en índices mayores de pobreza, son ahora los que mantienen a nivel latinoamericano menor aversión a la desigualdad.

En esta falta de perspectiva de nuestros países es donde hay que ubicar también el fenómeno de la migración, con toda la problemática de traumas juveniles y desintegración de núcleos familiares. La migración campo-ciudad es el primer paso, y tiende a la instalación en zonas marginales y sin servicios, con hacinamiento y altas densidades poblacionales con escasos servicios, desarraigo cultural y ruptura de la cohesión social característica de la sociedad rural. Todo un caldo de cultivo par la futura violencia. La concentración poblacional acelerada en las ciudades produce además un amplio sector cuya vivencia económico-social transcurre por caminos paralelos y con frecuencia marginales. En El Salvador, mientras el desempleo oficial ronda el 7%, el subempleo alcanza cifras del 49%. La economía informal, con toda su debili-

¹¹ Simón Bolívar, cita de John Lynch, en "Simón Bolívar", Barcelona, pg 213. La cita está tomada de Perú de Lacroix, Diario de Bucaramanga, pp 112-113)

dad y ausencia de controles legales, se ha convertido en el modo de subsistencia de más del 50% de la población.

Un segundo paso es la migración al exterior, que además de los problemas psicosociales que genera, priva al país de recurso humano y simultáneamente le recarga con el retorno de los fracasados. La hipocresía suele hacer también acto de presencia en este tema cuando se ensalza al "hermano lejano" en la medida en que envía divisas, pero se prescinde, se olvida o incluso se criminaliza al que regresa deportado. Aunque en otro contexto, es interesante recordar una vez más a Bolívar cuando al final de su vida, casando y deprimido por tantos esfuerzos poco productivos en su lucha por la libertad después de lograr la independencia, acababa diciendo: "La única cosa que se puede hacer en América es emigrar"¹².

e. Causas Institucionales

La debilidad de nuestras instituciones, en este tipo de Estado que favorece a los ricos y poderosos mientras abandona a los débiles es, además, característica. Se unen aquí sistemas de justicia mal organizados y policías con escasa capacidad investigativa. La tradición autoritaria y militarista, las políticas de mano dura, que muestran la incapacidad de combatir el delito de un modo más inteligente, la corrupción con amplia penetración en las instituciones y la impunidad de los grandes delitos de cuello blanco, marcan el último peldaño de la violencia y el escaso éxito a la hora de enfrentarla.

Nuestros fiscales y policías tienen una sobrecarga de trabajo que consagra la impunidad. Sin apenas apoyo técnico se da el caso de investigadores que se encuentran con la tarea de aclarar más de 50 homicidios al año. O fiscales que cargan con la responsabilidad de 80 homicidios para el mismo período de tiempo. A mediados de la primera década del s. XXI en El Salvador solamente se judicializaba el 30% de los homicidios. Y llegaban a sentencia condenatoria sólo el 3% del número total de homicidios del país.

En este contexto no hay que admirarse de la fácil penetración del crimen organizado. Centroamérica se ha convertido en corredor de la droga sudamericana: "La región más afectada

12 *Ibíd.* pg 368. Tomado de "Bolívar a Flores, Barranquilla, 9 de Nov. de 1830"

hoy en día es el Triángulo Norte de América Central: Guatemala, Honduras y El Salvador. En ella, la intensa violencia generada por las drogas ha planteado un grave problema para la gobernanza. Aunque esos países ya han vivido problemas de violencia, la tasa de homicidios es mayor no en las principales zonas urbanas, sino en las zonas del país particularmente castigadas por el tráfico de drogas, incluidos algunos puertos y determinadas zonas fronterizas".¹³ Este tema, sin embargo no está exento de manipulaciones. En un informe del Banco Mundial sobre la violencia en Centroamérica se achaca la violencia centroamericana fundamentalmente a la droga, las maras y la proliferación de armas en manos privadas. Si bien son factores reales, se ignora que la violencia, con rasgos de epidemia es endémica en Centroamérica desde antes de que hubiera un comercio de droga como el actual o de que existieran las maras. El Banco prescinde en buena parte de la temática de la desigualdad o la pobreza para centrarse preferencialmente en el tema de la droga. En otras palabras, para centrarse con mayor atención en lo que interesa más a los Estados Unidos.

Aunque no corresponde a las instituciones estatales, hay que reseñar también el mal uso de la información sobre la violencia, y sobre la propia realidad, de muchos medios de comunicación. Los intereses privan más que la verdad, haciendo real aquellos versos clásicos: "Desnuda la verdad – muy proveída – de armas y valedores la mentira"¹⁴. El amarillismo y el tremendismo de los programas de "primer impacto" refuerzan el temor de la población. Y el miedo y la frustración propician siempre la búsqueda de soluciones individuales frente a la violencia al tiempo que aumentan la desconfianza de las autoridades.

Al hablar de problemas institucionales no puede dejar de mencionarse el tema de las cárceles. El terrible incendio en la cárcel de Comayagua, donde murieron más de 300 personas, muchas de ellas sin haber sido juzgados todavía, no es más que la parte visible del iceberg. La deshumanización de nuestro sistema carcelario es más parte del problema la violencia que parte de su solución. Una cárcel en El Salvador, calculada para 8.000 reclusos, puede albergar en ocasiones hasta 24.000 personas. El haci-

¹³ Informe mundial sobre las drogas 2010, Naciones Unidas

¹⁴ Fray Luis de León, A Nuestra Señora

namiento hace muy difícil la rehabilitación, favorece la violencia interna y, dado que muchos son jóvenes, se convierte en campo de reclutamiento para el crimen organizado. Y para colmo, el mantenimiento anual cuesta más (1191 \$ por persona) que la formación acelerada de obreros especializados (1000), la educación superior (1000), o la educación primaria (251)¹⁵. En otras palabras que el Estado financia mejor al crimen organizado que a la educación.

2.- La fe cristiana y la salida de la violencia

La dimensión religiosa y de conciencia puede y debe verse como una fuerza material capaz de contribuir a la solución de la violencia. Los primeros cristianos eran sin duda pacifistas, prohibían inicialmente el servicio militar, y por supuesto rechazaban los juegos y las luchas de gladiadores, tan extendidas en el imperio romano, porque “ver matar está cerca del matar mismo”¹⁶. La Iglesia actual ha recuperado en buena parte su inicial espíritu pacifista, después de algunos siglos de apoyo a cierto tipo de guerras, y, aun así, con grandes luces intermedias, como pueden ser los misioneros opuestos a las guerras de conquista. La participación en mediaciones en guerras civiles, la ardiente defensa de los Derechos Humanos por parte de muchos cristianos, la búsqueda de salidas negociadas y dialogadas de los conflictos, la propia Doctrina Social de la Iglesia, ha devuelto la capacidad eclesial de decir con coherencia una palabra sobre la paz.

Por otra parte la religión genera esperanza y confianza en el futuro, arraiga, concientiza y cohesiona. La ampliación de la conciencia ecuménica ayuda a unir esfuerzos y limita los odios y aislamientos que existían tradicionalmente entre las distintas denominaciones e incluso religiones. La posibilidad de impulsar la conciencia de la igual dignidad de la persona, contenida ya en el mensaje de la común filiación de un Dios que es amor, está presente en toda la escritura. La aceptación de Jesús de Nazaret como Cristo, como Señor, anula todas las diferencias en dignidad que las sociedades y sus culturas pudieran estatuir entre hombre y mujer, judío y gentil, esclavo o libre (Gal 3, 28). A partir del concilio Vaticano II, y en América Latina especialmente a partir de Medellín, el análisis crítico de la realidad es una exigencia que se des-

¹⁵ PNUD, Informe de desarrollo humano, 2007-2008

¹⁶ Atenágoras, Legación a favor de los cristianos (Siglo II)

prende inmediatamente de los Evangelios y del amor al prójimo que los mismos presentan como absoluto. “Nos sentimos interpelados a discernir los signos de los tiempos”¹⁷, comienza diciendo el documento de Aparecida. Y ese discernir, nos dirá el mismo documento más adelante, “nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano”¹⁸.

Por otra parte, aunque la responsabilidad de intervenir de palabra y obra es una responsabilidad de todas las Iglesias, la Iglesia Católica por el hecho de ser mayoritaria en Centroamérica, y por su propia tradición de enfrentar los retos de la realidad, puede desempeñar un papel especial. Su particular identidad, su haber sufrido al lado de los más pobres durante las épocas de represión y violación sistemática de Derechos humanos, la hace ahora, en cuanto a experiencia, capacidad y autoridad moral, más eficaz en el planteamiento de soluciones posibles a la ola de violencia. Tanto las grandes personalidades del pasado, como muchas de las personas que siguen trabajando profundamente unidas a las luchas de los empobrecidos de nuestras tierras, son elementos que pesan a la hora de poder decir una palabra esperanzada y enunciar un proyecto de futuro que pueda dar respuesta a los desafíos nacionales. Mencionamos a continuación algunos de los campos en los que la Iglesia puede tener una palabra transformadora que contribuya a la solución del problema de la violencia

a.- Frente a la civilización del capital que busca la acumulación del beneficio privado la Iglesia tiene un enorme bagaje de pensamiento que le permite plantear la urgencia de crear una nueva civilización: la civilización del trabajo y la solidaridad. O como decía y repetía Juan Pablo II, la civilización del amor. En este aspecto es también muy claro el documento de Aparecida cuando por un lado dice que la actual globalización “no es capaz de interpretar y reaccionar en función de valores objetivos que se encuentran más allá del mercado”. Al contrario, “sigue una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de pocos, no sólo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo de la información y de los recursos humanos”. Frente a ello la Iglesia se siente llamada a “promover una globalización diferente que esté

¹⁷ Documento Conclusivo de Aparecida, 33

¹⁸ *Ibíd.*, 384

marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos"¹⁹.

La Iglesia, además de la denuncia y la capacidad de sensibilizar frente a la pobreza tiene en su Doctrina Social un cuerpo doctrinal que no sólo propone solidaridad, justicia y trabajo para el futuro, sino que tiene la capacidad de transformar algunos de los elementos ideológicos que están en la base del problema, como lo es la actual visión de la propiedad privada. En efecto, la propiedad privada se maneja en la actualidad como derecho individual que justifica la exclusión de otras personas respecto a la posesión de bienes desde el derecho al beneficio y a la acumulación de dineros del que tiene más. Este concepto de propiedad privada no siempre ha sido el dominante en la historia de las diversas culturas de la humanidad. Y por supuesto el cristianismo jamás ha aceptado, al menos teóricamente, la posesión privada como derecho de exclusión. Al contrario, tanto la tradición evangélica del compartir de bienes (Hechos 4, 32) como la afirmación sistemática de los Padres de la Iglesia en torno al destino universal de los bienes, a partir de una teología de la creación, muestran que el concepto de propiedad privada de la Iglesia apunta siempre a manifestarse como un derecho a la inclusión-participación en los bienes de la creación.

Las palabras de Juan Pablo II en su primera llegada a México, al afirmar ante los campesinos de dicho país que tras toda propiedad privada grava una "hipoteca social". La prioridad del trabajo sobre el capital, fundamentada en la "Laborens Exercens" desde la perspectiva de que el capital está constituido en definitiva por cosas materiales, mientras que el trabajo es una realidad humana y constitutiva de lo humano, nos remite una vez más a la necesaria construcción de esa nueva civilización del trabajo que

¹⁹ Ver en Documento conclusivo de aparecida los nn. 61, 62 y 64. El texto del número 62 redactado antes de la crisis económica actual, guarda un enorme parecido con el texto de la Quadragesimo anno de Pío XI que, el año 1931, sufriendo las consecuencias de la crisis del 29, decía todavía con mayor crudeza: "Salta a los ojos de todos que en nuestros tiempos no sólo se acumulan riquezas, sino que también se acumula una descomunal y tiránica potencia económica en manos de unos pocos... Esta acumulación de poder y recursos... es el fruto natural de la ilimitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido sólo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más violentos y los más desprovistos de conciencia" (nn. 105 y 107).

Ignacio Ellacuría, llamándola “civilización de la pobreza” describía con claridad y profundidad: “La civilización de la pobreza propone, como principio dinamizador, frente a la acumulación del capital, un trabajo que no tenga por objetivo principal la producción de capital, sino el perfeccionamiento del ser humano. El trabajo, visto a la par como medio personal y colectivo para asegurar las necesidades básicas y como forma de autorrealización, superaría distintas formas de auto y hétero-explotación y superaría, así mismo, desigualdades no sólo hirientes, sino causantes de dominaciones y antagonismos”²⁰.

Esta lucha por una nueva civilización es el mejor modo de encarnar la opción preferencial por los pobres, tan repetida desde la reunión del Episcopado Latinoamericano en Puebla-1978. Trabajar codo con codo con los más pobres a favor de sus derechos implica también la construcción de una sociedad con redes de protección social universales que permitan una seguridad socioeconómica y cultural básica y abran el abanico de posibilidades de autorrealización de los marginados y excluidos. Si la cultura del capital individual e individualista no es sustituida por otro tipo de cultura más solidaria, difícilmente desaparecerán de nuestro contexto las graves diferencias en el ingreso, la corrupción, la marginación y, finalmente, la violencia tan enraizada causalmente en estos factores.

b.- Opción por potenciar la familia como centro integrador y propagador de valores

La Iglesia no sólo tiene la capacidad de trabajar desde una visión amplia de la sociedad y desde su posible incidencia en la transformación estructural, sino que tiene además la ventaja de poder partir en su trabajo de lo más hondo de lo humano. El ser humano se constituye como tal en sociedad. Y es la familia el primer gran elemento de socialización y de producción y transmisión de cultura. Un mayor apoyo pastoral a la familia, ayudándola a constituirse como constructora de paz es indispensable para la construcción de una sociedad más justa y menos violenta. La dimensión de “eclesiola”, pequeña iglesia particular en la que se cultiva el amor y la solidaridad, debe potenciarse desde los movimientos familiares y desde la opción por proteger a la familia en las políticas públicas.

²⁰ Ignacio Ellacuría, Escritos Universitarios, UCA Editores, pg 129

En el desarrollo de valores como la generosidad, la capacidad de sacrificio y compromiso solidario con los demás, el espíritu de reconciliación, o la inicial construcción de un sentido moral, la familia juega un papel preponderante. Promover la familia como una auténtica escuela de valores básicos y solidarios es indispensable para que después no se flaquee frente al acoso de una sociedad volcada desde el consumismo, las modas y la búsqueda de la satisfacción inmediata del deseo, hacia la construcción del individuo centrado en sus necesidades particulares. El desarrollo de familias integradas permite al mismo tiempo comunidades con auténtico capital social. Y son precisamente estas comunidades, que crecen en solidaridad interna desde la solidaridad familiar, las que enfrentan con mayor eficacia los retos del desarrollo y las que controlan mejor la tentación de la violencia delictiva que surge de la pobreza y la desigualdad.

c.- Opción por los jóvenes

Los jóvenes constituyen hoy el sector etario peor tratado por los modelos socioeconómicos imperantes, excluyentes y simultáneamente productores de desarrollo desigual. Los jóvenes sufren grandes dificultades para encontrar un trabajo digno y son peor pagados que sus progenitores. En efecto, a pesar de entrar al mundo laboral con un mayor nivel educativo que sus padres, el salario que reciben tiene menos capacidad de compra que la cantidad de dinero que ganaban sus padres 40 años antes. El trabajo digno es uno de los factores más importantes a la hora de crear cohesión social. Pero las políticas de empleo juvenil son escasas, por no decir nulas, en Centroamérica.

Frente a esta situación la Iglesia tiene la capacidad de atraer, animar y dar esperanza a vastos sectores juveniles. Las mismas maras respetan a los miembros que dejan el grupo si se incluyen en actividades eclesiales. Al mismo tiempo los jóvenes poseen una enorme energía a la que hay que dar cauce en esperanzas, ideas, formación y actividad. La actividad que nuestros jóvenes despliegan en los momentos de desastre nacional suelen ser impresionantes y por supuesto positivas. Apoyarles ahora, y hacer conciencia de que es toda la sociedad la que debe apoyarles, es posibilitar el futuro. Efectivamente, entre 2005 y 2050 el segmento poblacional que más crece es el comprendido entre los 20 y los 65 años. Apoyar a los jóvenes hoy es aprove-

char la oportunidad de mayor desarrollo si se logra que nuestros jóvenes tengan una formación adecuada, pleno empleo y salarios dignos. No aprovechar esta especie de "bono demográfico" es prolongar indefinidamente la situación de violencia y subdesarrollo que nos caracteriza.

Una cultura de paz no se puede crear sin generosidad. La Iglesia, desde su mensaje, historia y personajes como Monseñor Romero y muchos otros, tiene la capacidad de atraer a los jóvenes, unirlos en grupos de estudio y acción, desarrollar en ellos la generosidad y la capacidad de servicio y acción social. En ese sentido la Iglesia tiene el desafío de impulsar voluntariados que atiendan necesidades, multipliquen la generosidad y ayuden a tomar conciencia de los problemas. Nadie mejor que la Iglesia en Centroamérica para convocar la generosidad juvenil y encauzarla a "planificar la socialidad en clave de cordialidad"²¹. Es decir, utilizando no sólo las manos, la rapidez y el sudor solidario de los jóvenes para resolver problemas concretos de la sociedad, sino lanzándolos también a "repensar desde una justicia nueva el conjunto de su sociedad"²².

d.- Capacidad de la Iglesia de desarrollar una visión de país solidario y proponer proyectos de realización común

Por pensamiento, instituciones, experiencias pastorales y de acompañamiento de los más pobres, la Iglesia tiene todos los elementos para diseñar un modelo incluyente del país que queremos, o para impulsar acciones de bien común que puedan ser asumidas como proyectos de realización común. Es necesario en ese contexto tomarse en serio el conocimiento de la realidad. Pero la Iglesia, como comunidad de diálogo en torno a los valores del Evangelio, tiene capacidad de crear cultura, de enraizar actitudes y comportamientos, de impulsar transformaciones radicales tanto en el corazón de la persona como en el corazón de la realidad y sus estructuras. Desde esa fuerza transformadora, la Iglesia puede plantear o impulsar proyectos de realización común que tiendan a universalizar derechos básicos, desarrollo social, cohesión comunitaria.

²¹ Agustín Domingo Moratalla, *Ética y Voluntariado*, pg 291

²² *Ibíd*

El desarrollo de valores solidarios, la enorme fuerza del pacifismo que arriesga incluso la vida en el servicio a los demás, la capacidad de crear una cultura solidaria le da a la Iglesia unas posibilidades de enfrentar la violencia desde un poder muy superior al de la fuerza bruta. "La forma esencial de poder está en la capacidad de modelar la mente humana"²³. Y la Iglesia, cuando es coherente, propone, sacrifica recursos, se entrega a la transformación de lo injusto dejando incluso la piel en el intento, crea un tipo de conciencia que modela realmente la mente humana. Sus mártires en el pasado inmediato centroamericano, y su gran cantidad de miembros trabajando al lado de los pobres en la actualidad, la convierten en una institución extraordinariamente bien ubicada para buscar la solución de las causas y los problemas de la violencia. En la medida en que la Iglesia tenga una visión clara de país y plantee proyectos de realización común asumidos comunitariamente, la fuerza del pensamiento se multiplica.

e.- Por su dimensión centroamericana la Iglesia muy bien posicionada para relanzar la idea de una Centroamérica unida.

Las soluciones a los problemas de pobreza, violencia y desigualdad o se dan en conjunto o difícilmente se darán. Somos países muy pequeños, muy ligados unos a otros, que o nos desarrollamos juntos o tendremos más dificultades para desarrollarnos. La Iglesia, con su dimensión centroamericana, puede también estimular el sentimiento de nación grande con proyectos comunes de desarrollo y justicia social en el área. El mucho trabajo y los pocos recursos mantienen hasta ahora un excesivo aislamiento y distancia para problemas que son comunes. Pero las Iglesias comienzan ya en algunos aspectos a plantearse objetivos y actividades comunes. La problemática de la migración está empezando a abordarse centroamericanamente, aunque todavía de un modo tímido. Siendo a nivel Centroamericano la institución con mayores fortalezas y cohesión interna, la Iglesia Católica tiene la enorme responsabilidad de enfrentar los problemas que son de todos de modo común. En la medida en que lo haga, aportará también al problema de la violencia soluciones de mayor viabilidad y durabilidad.

²³ Manuel Castells, Comunicación y poder, Madrid 2009, pg 24